

LITERATURA E IDENTIDAD, VASOS COMUNICANTES CONTRA LA DESMEMORIA

BÁRBARA M. FIERRO CHONG*

RESUMEN

En este trabajo se aborda la relación de la literatura y la identidad como vasos comunicantes contra la desmemoria, se le concede especial atención a este binomio en el contexto de una sociedad marcada por la prevalencia de la información y la tecnología, por lo que la educación ha de potenciar la memoria cultural de los pueblos y los individuos a partir de las artes y las humanidades, en esa dirección, la literatura de un pueblo es una forma de perpetuar y prolongar el ser en sus diversas maneras de estar.

Palabras clave

Literatura, Identidad, Memoria, Cultura.

ABSTRACT

In this paper the relation of literature and identity as communicating vessels against forgetfulness is addressed, it is granted special attention to this pairing in the context of a society marked by the prevalence of information and technology, so that education is to enhance the cultural memory of peoples and individuals from the arts and humanities, in that direction, the literature of a given town is a way to perpetuate and extend the beings in their different ways of being.

Keywords

Literature, Identity, Memory, Culture.

Recibido: 15 de septiembre de 2014

Aceptado: 11 de noviembre de 2014

* Profesora Titular de Español-Literatura de la Universidad de Matanzas, Cuba. Doctora en Ciencias Pedagógicas. Máster en Didáctica del Español-Literatura. Ha publicado trabajos y libros en Cuba, Perú, Colombia, México, Panamá y Estados Unidos, e impartido cursos internacionales en Cuba, Venezuela, Panamá y Perú. Coordinadora del Taller internacional "La enseñanza de las disciplinas humanísticas". Ha dirigido proyectos de investigación de enseñanza de Lengua y Literatura, miembro del proyecto Amauta de Uniatlántico, Barranquilla, Colombia y de la Comisión Nacional de la carrera de Español-Literatura. bchong@ma.rimed.cu

*Acercarse a la vida –he aquí el
objeto de la Literatura: –ya para
inspirarse en ella: –ya para
reformularla conociéndola...*

José Martí

Introducción

La literatura nos pone continuamente ante la posibilidad de ser una manera distinta de ver la realidad, una posibilidad de encuentro con mundos que responden a una realidad otra, tiene la capacidad de ayudar a construir y/o reconstruir la visión otra del mundo en que vivimos, prolongar en la memoria las experiencias vitales bajo el prisma de la palabra artística derivada de la ficción creadora.

Ante la interrogante: ¿Para qué sirve la literatura en pleno siglo XXI?, el escritor cubano Roberto Fernández Retamar expresó: “para formar criaturas excepcionales”. En esta dirección la literatura puede formar a los seres humanos, ayudarlos a ser mejores, a ampliar su universo de vivencias, valores, convicciones, su desarrollo intelectual, la creatividad para transformar positivamente el mundo, a partir de la posibilidad de la lectura de ser reactiva, siempre pensada como una forma de ida y regreso de uno mismo con los otros.

En el desarrollo intelectual de la personalidad, hay que lograr la estimulación de la inteligencia y también el enriquecimiento espiritual; en ese camino, la lectura literaria constituye

una vía idónea porque es el acceso no solo a la cultura de la humanidad, sino una ventana al encuentro con otros mundos recreados en la inventiva artística de los escritores, lo que posibilita el desarrollo de cualidades creativas que apuntan a ampliar el universo del saber de los escolares.

El propósito de reflexionar acerca del lugar de la literatura en la conformación de la identidad cultural de los individuos y grupos lleva a repensar cómo se puede abordar en el escenario escolar la literatura en sus vasos comunicantes con la identidad nacional para preservar la memoria cultural.

Desarrollo

Desde tiempos inmemoriales la literatura, con su capacidad de fabular, la sensibilidad del verso, la palabra ardiente de la oratoria y la representación dramática ha acompañado a los seres humanos en su itinerario por la vida, ella es un conjuro contra la soledad, es expresión de múltiples estados de ánimo y puede ayudar a purgar los vicios y elevar las virtudes. Por ello en el siglo XXI su acompañamiento es más necesario y se justifica su presencia inexorable en la formación universitaria de maestros y profesores.

La memoria es la dueña del tiempo, dice un proverbio yoruba, en que sintetiza la sabiduría de la imprescindible rememoración de los hechos que

fomentan el desarrollo de los más altos valores de pertenencia.

El siglo XXI ha puesto a los latinoamericanos ante el reto de seguir construyendo un espacio de identidad cultural en que se realicen las aspiraciones más elevadas del ser humano, lo que se relaciona con el desarrollo del pensamiento complejo y la educación, en que el contexto internacional apunta que: “hay países en este planeta que primero tendrán que adquirir una conciencia de su identidad local antes de sentirse pertenecientes al mundo” (Chávez, 2004); ello revela la necesaria urgencia de activar las vías para preservar la memoria colectiva e individual.

La pertinencia de poner la educación al servicio de educar en la identidad nacional, se sustenta en que: “...No se puede vivir con coherencia en el presente y menos aún construir el mañana si se pierden las raíces (...) No hay desarrollo auténtico si se edifica de espaldas a la propia realidad” (Doig, 1999, p. 22).

La literatura puede activar la apropiación de la cultura en la medida que estimula el pensamiento, fomenta valores, ideas, convicciones y vivencias para vivir conectados con la realidad. La posibilidad de penetrar en la realidad objetiva y de actuar sobre ella, se la brinda al hombre el pensamiento que, capaz de reflejar los objetos y fenómenos en sus caracteres esenciales, nexos y relaciones, permite conocer-

los por medio de la formación de conceptos, juicios y razonamientos. La entrada a la literatura promueve una ampliación de saberes, experiencias e intercambio de carácter cultural.

La literatura nos conecta con los valores, la ética y la propuesta del triunfo del Bien sobre el Mal, en el continuo batallar, el texto del escritor uruguayo Eduardo Galeano nos hace meditar en torno a esta problemática, porque la literatura nos cura de la soledad y provoca la comunión de experiencias que aportan una visión renovada del mundo:

La función del lector/2

Era el medio siglo de la muerte de César Vallejo, y hubo celebraciones. En España, Julio Vélez organizó conferencias, seminarios, ediciones y una exposición que ofrecía imágenes del poeta, su tierra, su tiempo y su gente.

Pero en esos días Julio Vélez conoció a José Manuel Castañón; y entonces todo homenaje le resultó enano.

José Manuel Castañón había sido capitán en la guerra española. Peleando por Franco había perdido una mano y había ganado algunas medallas. Una noche, poco después de la guerra, el capitán descubrió, por casualidad, un libro prohibido. Se asomó, leyó un verso, leyó dos versos, y ya no pudo

desprenderse. El capitán Castañón, héroe del ejército vencedor, pasó toda la noche en vela, atrapado, leyendo y releendo a César Vallejo, poeta de los vencidos. Y al amanecer de esa noche, renunció al ejército y se negó a cobrar ni una peseta más del gobierno de Franco.

Después, lo metieron preso; y se fue al exilio.

El ser humano tiene en la literatura una aliada para no olvidar, para movilizar sus fibras afectivas y activar sus ideas frente a lo ignoto, de ahí que la afirmación de Vargas Llosa sirve para ratificar la urgencia de dejarse acompañar de las mejores lecturas para el crecimiento espiritual:

...Y no existe mejor fermento de insatisfacción frente a lo existente que la literatura. Para formar ciudadanos críticos e independientes, difíciles de manipular, en permanente movilización espiritual y con una imaginación siempre en ascuas, nada como las buenas lecturas (Vargas Llosa, 2001, p. 58).

Por otra parte, todo contacto con la literatura en el contexto escolar debe tener como punto de partida que la lectura es mediadora del proceso de tránsito de la palabra del otro a la palabra propia, de educación en que se orienta valorativamente el sujeto al entrar en contacto con el contenido y la forma de las obras literarias, en que

se va de lo externo a lo interno, que consolida una formación de saberes.

Siendo la identidad cultural una dimensión del ser humano, indispensable para reconocer lo propio y aceptarlo, en que se expresa la identidad nacional, que es la forma en que se explican sus diversas manifestaciones: lenguaje, instituciones sociales, idiosincrasia, cultura popular, relaciones familiares, arte (Laurencio, s.f.). La literatura es una forma en que se refleja esta realidad y ayuda a conservar lo acumulado por la humanidad.

Si la identidad implica conciencia, capacidad de reflexionar y compartir una posición de pertenencia y compromiso, su lugar central en el autoconcepto del individuo está dado por el conocimiento y pertenencia a un grupo social, y se vincula a la significación valorativa y emocional, entonces el contacto con la buena literatura es una manera de prolongar en el espacio y el tiempo el sentido del compromiso y la pertenencia.

El reconocimiento de la identidad como parte de los valores por la significación social positiva que alcanza para los individuos, grupos y poblaciones conduce también a la vinculación de la literatura con sus contenidos conceptuales, procedimentales y actitudinales, y que tiene como sustento la propia relación armónica entre cultura, identidad y literatura.

La cultura de una nación, la esencia

de su ser y la definición de su identidad, está circunscrita en la propia vida del hombre e íntimamente relacionada con el contexto. Si algo identifica al ser humano a ese sentimiento de pertenencia hacia lo local, lo regional y/o lo nacional, es la identidad. En la cultura nacional están las experiencias, creencias, patrones aprendidos de comportamientos y valores compartidos por ciudadanos de un país; es decir, los lazos de unión son aquellos que han sido llamados los elementos o contenidos culturales comunes para todos sus habitantes. Esos rasgos culturales, al mismo tiempo representan a la identidad nacional y son los que dan la categoría de nación y está en la literatura creada a lo largo de su formación.

La persona no puede ser entendida sin la presencia de los valores, dados en representaciones, significados y símbolos. Cualquier proceso de identidad tiene como característica básica la socialización e historicidad de sus protagonistas, en que se manifiestan deseos, aspiraciones, es decir: el sentir, el pensar y el actuar, y uno de los medios para entenderla es a través del estudio de la literatura. De Eduardo Galeano es este texto que dice mucho en pocas palabras:

La función del arte/2

El pastor Miguel Brun me contó que hace algunos años estuvo con los indios del Chaco paraguayo. Él formaba parte de una misión

evangelizadora. Los misioneros visitaron a un cacique que tenía prestigio de muy sabio. El cacique, un gordo quieto y callado, escuchó sin pestañear la propaganda religiosa que le leyeron en lengua de los indios. Cuando la lectura terminó, los misioneros se quedaron esperando.

El cacique se tomó su tiempo. Después, opinó: -Eso rasca. Y rasca mucho, y rasca muy bien. Y sentenció:

- Pero rasca donde no pica.

La literatura de un pueblo o nación permite indagar en los procesos identitarios: la identidad cultural está vinculada a su naturaleza discursiva y al orden de relaciones que se origina. Otros aspectos que son esenciales en la relación de la literatura con la identidad nacional como parte de lo social, son por un lado el vínculo a las circunstancia económico-político y social, y por esa misma razón su condición de ser inseparable a los movimientos sociales, de ahí que la literatura lleva a reflexionar acerca de nuestro ser, a partir de su esencia de ser **otra manera de ver la realidad**, de decir mucho en pocas palabras, desde su carácter sugerente.

La identidad se relaciona con el sentido de “mismidad”; es aquello que nos constituye como tal y diferencia de los otros, ¿quién soy?, ¿quiénes somos?, ¿de dónde venimos?, ¿ha-

cia dónde vamos?; lo cual supone un aspecto de “permanencia” relativa o de continuidad histórica de esa “mismidad”. El concepto o la experiencia que supone esa mismidad expresa un autoconcepto, autoidentificación, autorreconocimiento, que tiene carácter histórico-social, concreto. El análisis crítico acerca de la identidad, por su carácter dialéctico, ha sido de interés para la filosofía que ha facilitado su estudio como proceso de permanente trascendencia política y cultural, a tono con la ideología imperante, en que se revela la realización histórica del ser.

...La identidad resultante no es la suma de datos empíricos –costumbres, tradiciones, etc.– sino un proyecto movedido de nacionalidad que gira indefinidamente en torno a un ideal colectivo cambiante y diverso. No la enuncian los antropólogos, sino los políticos –o al menos, la conciencia política del escritor– y en última instancia, los filósofos (Ubieta, 1993, p. 7).

En la configuración de la identidad nacional se integran factores que dinamizan su desarrollo, como el lenguaje y la expresión del sentir y el pensar; por consiguiente, se da una doble dimensión: por una parte, sentirse y entenderse, tanto, así mismos, como a los otros y, por otra, manifestar compromisos con los destinos de la sociedad, para contribuir y aportar a su desenvolvimiento a nivel local, regional y nacional sobre una base

afectiva y actitudinal que los vincula con ella; que puede formarse y fomentarse mediante los imaginarios estéticos, filosóficos, entre otros.

Vista la identidad como

una necesidad cognitiva, práctica y existencial, tanto en lo que se refiere a poder ser, conocernos y hacernos a nosotros mismos (...) como en lo vinculado a nuestras filiaciones y pertenencias (...) en lo relacionado con la interpretación, conocimiento y construcción del mundo que nos rodea (De la Torre, 2001, p. 34), es importante compartir una visión relacional de la identidad, que acepte la inclusión y la pluralidad, posibilite reconocerse como parte de un colectivo mayor: la humanidad, con toda la heterogeneidad aportada por ella.

En la literatura se expresa el sentido de pertenencia a un entramado social, la vida, gustos, vivencias, determinado histórica y socialmente, se explican por su identificación con grupos sociales, locales, regionales, nacionales, los cuales se transforman con el tiempo.

Los criterios de Carolina de la Torre (*Ob. cit.*, p. 172) sobre las identidades colectivas posibilitan una mejor comprensión de los procesos identitarios, con un fin axiológico y ancilar y que permite a su vez, revelar esa relación biunívoca con la literatura. La investigadora destaca que hay que tener en cuenta:

- El enfoque objetivo, referido en esencia al modo de hablar, pensar y relacionarse de las personas, los valores y las ideas religiosas, posiciones étnicas, motivaciones, actitudes, rasgos y necesidades que ilustran cómo es una personalidad o colectividad. Se asocia a la autoimagen, a partir de la percepción que los miembros de un grupo tienen de sí.
- El enfoque perceptivo (auto y heteroimágenes), referido al conocimiento de sí, al mundo de los afectos y emociones. La identidad parte del autoconcepto del individuo que transita al conocimiento de su pertenencia a un grupo social relacionado con la valoración y la emotividad.
- El papel de la vivencia, el recuerdo y la percepción, la posibilidad de un grupo de individuos de compartir historia, tradiciones, experiencias a partir de su singularidad y conciencia de “mismidad”.

Por su carácter de proceso, la identidad nacional se reconstruye con cada nueva generación, se enriquece en lo individual y lo colectivo, es producida y productiva, contiene dos dimensiones: la personal o individual y social o colectiva, ambas están interrelacionadas. De ahí que se sostenga que son dimensiones de un mismo e inclusivo fenómeno situado en diferentes niveles de realización: individual y colectivo, en los que la identidad social se edifica y se realiza.

La identidad nacional se va construyendo a lo largo del desarrollo como todas las identidades sociales, pasa por las emociones y los sentimientos, y es subjetiva, pero también es un problema que depende del conocimiento, de cómo la persona aprehende las manifestaciones culturales de su contexto y se las apropia, las convierte en suyas. El fortalecimiento de la identidad nacional en una sociedad es un hecho de maduración objetiva, consustancial al progreso y a su fisonomía. Es lo que individualiza a las naciones en el contexto del mundo y que les da un modo de ser, particular, a sus hombres y mujeres. Vista así la identidad nacional es una proyección cualificada de las identidades individuales.

¿Cómo se sitúa en la literatura la identidad nacional? Evidentemente en su diálogo continuo, dinamizador, abierto con el referente y dentro del contexto de las problemáticas cruciales, en lo más perdurable de las esencias, es resistente al paso del tiempo, aparece en diversos grados. La literatura ha recreado singularmente el diseño de la nación pensada y sentida en las reflexiones éticas, filosóficas y pedagógicas de los padres fundadores.

La unidad de contenido y forma alcanza singularidad en función de la búsqueda de la expresión del ser histórico nacional, y la literatura va ofreciendo ese anhelo de conformación de una conciencia nacional, a través de los temas, las formas expresivas,

la recreación de una mirada distinta, amorosa y sentida del paisaje natural, lo que muestra una actitud de identificación con el ser nacional que se gesta en la fusión de lo étnico y lo cultural.

La presencia del hilo conductor del ser nacional en sus diversas expresiones en la literatura cubana, está en las correlaciones metafóricas que se establecen desde los parentescos líricos de la mejor estirpe, que son las de la alianza del intelecto y el espíritu. Este sentido de pertenencia, esa significatividad de estar atados a una esencia nacional, es también cuestión de personajes, historias y palabras, poesía, sensibilidad lírica, expresión vernácula, en fin, construcción estética del ser en movimiento, de sístole y diástole, que integra la riqueza expresiva a la amplitud conceptual y variedad temática.

¿Puede la enseñanza de la literatura revelar esa conciencia de “mismidad” de un pueblo, hacer consciente el proceso de compartir esas representaciones que permiten sentirnos partes de cierto conglomerado humano? La lectura va más allá de las habilidades necesarias para su adquisición, porque a través de ella el lector recibe mucho más que información, ella influye en otras dimensiones del ser humano: estéticas, valores, beneficios, emociones, disfrutes, goces y placeres.

La literatura, mediante su mundo simbólico, verifica la asunción consciente del sistema de valores que identifica

a una comunidad, y permite acoger, adquirir su cosmovisión, interpretar de un determinado modo la realidad, expresado en el amor a la patria, la defensa de la independencia nacional frente a la anexión imperialista, el valor de la solidaridad, la defensa y práctica de la lengua y, expresarse en la costumbre gastronómica de cada región, las tradicionales expresadas en bailes y danzas folklóricas; los símbolos patrios; el lenguaje y cultura material artesanal, arquitectónica, vestimentas, alimentos; incluyendo el arte nacional en todas sus formas.

La escuela debe promover la interacción consciente o inconsciente, intencional con la literatura desde la práctica escolar fomenta un sentido de pertenencia en el grupo y/o la comunidad, es decir, sentimientos de identidad y pertenencia hacia el contexto histórico-cultural, desde la literatura. En este sentido, se imbrica el fomento de una identidad cultural desde la literatura en la formación de docentes en las universidades de ciencias pedagógicas.

En la literatura cubana, el acercamiento amoroso a la realidad insular, el arraigo en lo que es autóctono, está desde el temblor ante la circunstancia que se canta tempranamente en el poema Espejo de Paciencia de Silvestre de Balboa en su afán por enunciar poéticamente una realidad distinta:

La isla entra en la fabulación y se integra a los valores de la tradi-

ción clásica y renacentista. Paisaje y poesía, hazaña y canto, estarán desde ese momento indisolublemente ligados a lo mejor de las letras cubanas (ILL., 2004, p. 17)

Ya en pleno siglo XX, Roberto Fernández Retamar, devenido con posterioridad una de nuestras voces líricas más auténticas en un texto titulado *El Otro*, fechado en enero 1, 1959, escribió unos versos que revelan una fina sensibilidad:

*Nosotros, los sobrevivientes,
¿A quiénes debemos la sobrevida?
¿Quién se murió por mí en la ergástula,
Quién recibió la bala mía,
La para mí, en su corazón?
¿Sobre qué muerto estoy yo vivo,
Sus huesos quedando en los míos,
Los ojos que le arrancaron, viendo
Por la mirada de mi cara,
Y la mano que no es su mano.
Que no es ya tampoco la mía,
Escribiendo palabras rotas
Donde él no está, en la sobrevida?*

Mientras que Víctor Casás, en “Poética”, uno de los textos de *Todos los días del mundo*, su libro que recoge poemas escritos entre 1965 y 1967, escribió:

*Quiero aclarar que en nuestro escaparate
solo guardo la ropa que me pongo
ciertos libros, sábanas, vestidos
de mi madre, fotos viejas,
viejísimas, fotos de cuando abuela*

*sonreía y se reía en sus aniversarios
de nacer
Pero quiero confesar que yo no guardo allí la poesía
La poesía está en mi barrio en mi bota, en mi camisa la poesía qué va a estar la poesía
Detenida en las paredes de mi cuarto
En las tablas del armario
¿Qué voy a hacer yo con tanta poesía poseída
y encerrada?
Y lo que es más: ¿de qué estarían llenos entonces
los paraguas, las hormigas, los hombres
las banderas, los viejos y cansados urinarios de provincia, la soledad, la lluvia, los caminos?*

La literatura femenina es elocuente muestra de esta expresión del ser en sus diversas maneras de estar, cuando Reina María Rodríguez (La Habana, 1952), escribe “Despedida”, perteneciente a su poemario *Cuando una mujer no duerme*, Premio UNEAC, 1980, ofrece un sabor genuinamente identitario:

*Todo comienza y termina
bajo los mismos árboles
como si algún tiempo anterior
nos devolviera intactos
pero nos vamos siempre
y al final
solo unas cuantas hojas se amontonan
florecidas y secas
por el aire.*

Lo que distingue la finalidad con que se lee la obra está en el significado contextual del discurso, la complejidad sintáctica y la función de algunas formas lingüísticas en el marco del texto literario para mostrar una manera de explicitar el sentido de pertenencia que es forma de perpetuar lo nuestro, porque ella ha de insertarse en una dinámica.

La literatura, mediante la lengua nacional, revela sentimientos, aspiraciones, ideas y valores autóctonos de un país en imágenes literarias diversas: “O la literatura es una cosa vacía de sentidos, o es la expresión del pueblo que la crea” (Martí, 1963, p. 408). En la literatura, en tanto se recrea una versión del autor sobre la realidad que interpreta, aflora la identidad nacional:

¿Quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable a los pueblos? Hay gente de tan corta vista mental, que creen que toda la fruta se acaba en la cáscara. La poesía, que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues ésta les proporciona el modo de subsistir, mientras que aquélla les da el deseo y la fuerza de la vida... (Martí, 1963).

La literatura es parte consustancial de la formación humanista, de ahí el va-

lor que posee para educar en la identidad nacional y cultural, al promover la reflexión cultural acerca de quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos. La literatura nos acerca a la ruta del destino que la memoria que se enriquece con los valores autóctonos, es un testimonio profundo que ayuda al ser humano a encontrarse.

Conclusiones

La literatura es parte de un itinerario de construcción individual y social que se revela en las formas de sentir, pensar y actuar de los individuos, grupos sociales y comunidades. En ese camino, la lectura literaria constituye una vía idónea porque es el acceso no solo a la cultura de la humanidad, sino una ventana al encuentro con otros mundos recreados en la inventiva artística de los escritores, que posibilita el desarrollo de cualidades creativas que apuntan a ampliar el universo del saber de los escolares. La literatura es un medio para instalar la memoria y el crecimiento de un universo en que se reafirma el ser nacional mediante un lenguaje peculiar delata nuestra conciencia de latinoamericanos, nos ayuda a ser, a pertenecer a un espacio a una historia, a sentir el orgullo de lo nacional.

Referencias

Chávez Rodríguez, J. (2004). El pensamiento complejo y la educación. En: *Revista Atenas*, 3.

Doig, G. (1999). “América Latina, identidad y destino” VE, (4), 22.

Fierro Chong, B. (2013). *Literatura y educación: Itinerario en las universidades de ciencias pedagógicas*. <http://odiseo.com.mx/articulos/Iodiseo>, Revista electrónica de pedagogía ISSN 1870-1477

ILL (2002). *Historia de la Literatura cubana, La Colonia: desde los orígenes hasta 1898*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.

Laurencio, A. (s/f). *Identidad cultural y educación: una relación necesaria*. CEPES. Universidad de La Habana. En: [http:// www.monografias.com](http://www.monografias.com). Trabajos 16/ identidad- cultural/ shtml. (Consultado el 17-2-2005)

Martí, J. (1963). *Obras Completas*. La Habana: Editorial Nacional de Cuba.

Torre de la, C. (2001). *Las identidades, una mirada desde la psicología*. Centro “Juan Marinello”.

Ubieta, E. (1993). *Ensayos de identidad*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.

Vitier Bolaños, C. (1958). *Lo cubano en la poesía*. Las Villas: Ed. Universidad Central de las Villas.

Vargas Llosa, M. (2001). La literatura y la vida, conferencia magistral. Lima, Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas.

